



















por su exclusión del grupo. Empleaba palabras malsonantes de las que los demás se aprovechaban para reírse con ellas en primer lugar y luego para filtrar mi animadversión aparente a la propia Gretchen y desbancar así al peligrosísimo adversario que, sin ser consciente aún, era yo. Dejé de vestir de negro, dejé de interesarme por los rituales de mis amigos. Me encerré en mi habitación del piso de estudiante que compartía con dos ingleses aburridos en el barrio de Ríos Rosas, tal vez la zona menos noble del noble distrito de Chamberí, y estudié más de lo que había estudiado nunca. Pasé de ser un joven díscolo a un joven deprimido y empollón cuando poco a poco dejé de formar parte del grupo. Solo la tenía a ella, a Gretchen, como una obsesión que lejos de permitirme actuar me encerraba en mí mismo, me convertía en un mal poeta que redactaba versos muy cursis, en un cobarde que temblaba cuando la tenía delante.